

## El concepto de género desde una perspectiva anarco-dadaísta

Habitualmente se defienden posiciones feministas basadas, unas veces, en teorías universalizadoras y dogmáticas, y otras en teorías que desembocan en una subjetividad generizada. Lo común es rehuir todo lo que parezca aproximarse a una actitud relativista, razón por la que se han ignorado ideas tan interesantes como las que ofrece el anarquismo epistemológico, corregido posteriormente con la designación de dadaísmo. Y precisamente esta es la perspectiva que aquí se defiende, no sin antes hacer un pequeño recorrido por las líneas teóricas más elaboradas del feminismo actual.

El feminismo ilustrado acude a la historia –hasta aquí es ilustrado en un buen sentido– para decir: donde pone Aristóteles léase Mefistófeles, y donde pone escolásticos, Kant, Schopenhauer, Kierkegaard, Ortega..., lo mismo. Ergo la Ilustración es la única tabla de salvación de las pretensiones feministas y, principalmente, su exponente máximo en la actualidad: Jürgen Habermas. La mayor parte de las feministas ilustradas son partidarias de la racionalidad comunicativa habermasiana. Esto las sitúa ante el siguiente dilema: o diferencia alienante o universalidad. Y resueltamente optan por una ética universalista basada en la racionalidad humana.<sup>1</sup> Pero, en realidad, cuando nos encontramos frente a algo tan arbitrario quizá no sean las razones el arma más efectiva para combatirlo, y menos efectivo todavía resulta argumentar como si la coherencia y la plausibilidad del razonamiento llevaran por sí mismos a la acción.<sup>2</sup>

Un problema central en muchos escritos feministas es el de un lenguaje patriarcal que es también el de las mujeres. Se dice que este hecho nos encarcela y nos impide pensar una identidad liberada de la heterodesignación. Pero esta idea no es más que el fruto de un complejo de inferioridad patente también en la renuncia a utilizar armas como la descalificación por razones estéticas, retórica vacía, paradojas..., por considerarlas instrumentos sólo eficaces en manos de quien detenta el poder.

La creencia ilustrada según la cual la diferencia cae como fruta madura cuando se alcanza la igualdad, se ha mostrado falsa hasta el momento. La historia nos enseña que de criterios universales nunca se ha seguido ni mayor liber-

\* Licenciada en Filosofía por la Universidad Complutense de Madrid.

1 Celia Amorós: *Hacia una crítica de la razón patriarcal*. Barcelona, Anthropos, 1985, p. 107.

2 Este problema que encontramos ya en el silogismo práctico aristotélico nos muestra que los argumentos sin actitudes de nada sirven.

tad ni más diversidad. Esto no es sino otra forma de expresar la idea de una razón que, limpia de impurezas, nos llevará a un mundo en que todos seremos iguales y el nominalismo se impondrá como resultado de la madurez moral de la humanidad. Una ética universal dogmática y racista. Dogmática porque no tolera otras perspectivas y racista por no aceptar que entren en el debate las mujeres que no se adaptan a las pautas fijadas. Desde esta perspectiva la oveja negra (feminista de la diferencia, ama de casa satisfecha...), peca socráticamente o debido a una manipulación inconsciente.<sup>3</sup> Freud, como se puede observar en las obras de Habermas, resulta muy útil cuando las personas o las sociedades no se ajustan a los esquemas teóricos racionalistas y racionalizadores.

El modelo feminista occidental de emancipación no puede imponerse al resto del planeta. Pretender lo contrario supone, en el mejor de los casos, graves escisiones internas, como la que ha surgido con las feministas de raza negra, para quienes la cuestión de raza no es un aditivo sino algo que transforma radicalmente la experiencia de género. Y en el peor de los casos se tratará de ignorar todo lo que no cuadre en el discurso dominante.<sup>4</sup>

Más interesante que las lucubraciones filosóficas son las aportaciones que la antropología ha efectuado a este tipo de cuestiones, hecho que se percibe en el concepto sexo-género creado por la antropóloga Gayle Rubin. La fase actual de la relación entre antropología y feminismo está caracterizada por un resurgir de la diferencia. No se trata de dosificar las diferencias sino de perder la costumbre de clasificar lo diferente como inferior a lo igual y, por tanto, merecedor de la opresión. La diferencia no es peligrosa *per se*.

De diferencia hablan las feministas post-estructuralistas como Luce Irigaray o Hélène Cixous, y no resulta sorprendente que basándose en el pensamiento de Derrida caigan en una mistificación del eterno femenino. Tienen razón algunas críticas cuando acusan a estas autoras de automarginación. Irigaray, Cixous y otras radicalizan lo que implica de sectarismo la diferencia hasta el punto de crear un discurso ininteligible para los no iniciados, aunque una tiene siempre la sensación de que sucede lo mismo que en el cuento de Andersen *El traje nuevo del emperador*. No sólo porque fingen vestido de coherencia algo que no lo está, sino porque forjan un traje inexistente y se lo colocan a los miembros del sexo femenino. Al construir un lenguaje supuestamente capaz de manifestar la esencia femenina asientan más firmemente si cabe la dicotomía de los géneros, y así volvemos a poner en el lugar de la libertad nuevas o viejas formas de esclavitud.

3 Algunos elementos de esta falsa conciencia son la mistificación, las reconciliaciones ilusorias y la autocomplacencia narcisista.

4 H. L. Moore: *Antropología y feminismo*. Madrid, Cátedra, col. Feminismos, 1996, p. 222. Un buen ejemplo de esta tendencia a universalizar/imponer el propio punto de vista lo encontramos en el siguiente texto: «Las mujeres queremos cambiar esas reglas, que son para nosotras oprimentes y discriminatorias, y pondremos en juego para ello si es preciso criterios meta-interpretativos». C. Amorós: «Feminismo, Ilustración y post-modernidad», en *Historia de la teoría feminista*. Madrid, Ed. Instituto de Investigaciones Feministas, 1994, p. 352.

Este pensar dicotómico se aprecia en conceptos y perspectivas de teóricas feministas en los que se percibe una preferencia por el esquematismo de los opuestos frente a otras formas de abordar el mundo:

– **Público-privado.** Habida cuenta de la gran importancia que ha tenido la obra de Habermas en algunas corrientes feministas, hay que señalar los aspectos de su pensamiento que han sido aceptados acríticamente pasando a formar parte del bagaje conceptual de muchas filósofas. Parte fundamental de los análisis habermasianos es la distinción entre sistema y mundo de la vida, que construye un falso abismo entre las esferas de lo privado y lo público. Además, esta actitud no tiene en cuenta la variedad de significados que pueden recibir estos conceptos en las diferentes culturas. Nancy Fraser ha puesto de manifiesto la cantidad y complejidad de lazos que unen las esferas privada y pública en la sociedad occidental, al tiempo que la antropología contemporánea nos acerca casos en que el contenido de estos esquemas es diferente al que nosotros/as poseemos.

– **Igualdad-diferencia.** En estos dos polos se mueve el debate filosófico feminista actual. Esta división causada por la paranoia del patriarcado provoca que sólo destaquen las propuestas adscritas a una u otra corriente, y, lo que es peor, origina un estado de ánimo en el que parece que no hay ninguna alternativa posible.

– **Mujer=naturaleza/hombre=cultura.** El etnocentrismo ilustrado ha universalizado la identidad mujer=naturaleza frente al hombre como cultura. Pues bien, estudios como el de los *kaulong* de Nueva Bretaña y los *gimi* de Nueva Guinea echan por tierra tal generalización. Además, la superioridad de la cultura sobre la naturaleza presupone un modo de pensar occidental que considera el dominio técnico sobre la naturaleza indicativo de la altura de una civilización.<sup>5</sup>

Algo semejante sucede con la identificación entre mujer y maternidad, que no es más que una consecuencia de asignar al género femenino el ámbito de la naturaleza. En algunas sociedades como la de los bosquimanos *kung* del Kalahari, el concepto «mujer» no va asociado a la reproducción de la especie.<sup>6</sup> En otros lugares los hombres se preparan para el parto, simulan la menstruación y se creen capaces de concebir hijos.

La historia de los progresos hacia la consecución de una mayor libertad para la mujer, muestra que lo conseguido hasta el momento ha sido fruto de mucho esfuerzo combinado con diversas circunstancias históricas, entre las que debemos contar la participación de hombres presionados y persuadidos por las reivindicaciones feministas. Pues bien, dada la contribución de algunos varones a la actual situación de la mujer occidental, se echa de menos en la literatura fe-

<sup>5</sup> Es interesante observar que en este punto están de acuerdo perspectivas tan distantes como el materialismo vulgar y la ilustración habermasiana.

<sup>6</sup> H. L. Moore: *Op. cit.*, p. 43.

minista una aproximación al hombre como interlocutor, resaltando los argumentos que podían inducirle a aceptar nuestras propuestas.<sup>7</sup> Aunque probablemente resulte infructuoso valerse de argumentos para combatir un prejuicio que parece ser fruto de una mezcla de interés, sentimiento y costumbre.<sup>8</sup>

Sea como fuere, podemos reflexionar con Stuart Mill acerca de lo poco gratificante que debe ser compartir la vida con alguien cuya formación no le permite ofrecer un trato equivalente. Mill es un precedente en lo que atañe a destacar las desventajas generales del patriarcado. Si el cultivo de la individualidad es lo único que puede producir seres humanos bien desarrollados, la injustificada dominación masculina sobre la mujer crea necesariamente en él vicios como el egoísmo o la pretensión de imponer sus propias ideas. El varón también se ve constantemente acosado por exigencias fruto de la precariedad de la situación femenina. Así lo vio Simone de Beauvoir cuando mostró que la dialéctica del amo y el esclavo se ejemplifica mejor que en ningún otro lugar en la relación entre los géneros.<sup>9</sup> Pero la desgracia de la mujer ofrece a su compañero, por un lado, la comodidad de no tener que enfrentarse en términos de igualdad a otra conciencia, pero por otro significa que jamás podrá lograr establecer una relación recíproca de reconocimiento con su pareja, porque para que ésta sea posible es imprescindible partir de una situación igualitaria.

La dominación arbitraria provoca temor en el opresor o, como dice Celia Amorós, la paranoia de quien domina a través del engaño. Todo esto podría encontrar solución no en un feminismo que hace de la necesidad virtud y sublima los eternos valores de su género, sino en la abolición de ambos clisés que, como es obvio, perjudica mucho más a las mujeres en cuanto las excluye y domina; pero también los hombres se ven encorsetados por lo que se espera de ellos y por lo que se les prohíbe.<sup>10</sup> El feminismo parte de la premisa de los géneros, lo que significa que nos enfrentamos a dos estereotipos; no obstante, sólo se preocupa de lo que concierne al esquema femenino. Esto podría aceptarse si después no plantearan el feminismo como una opción ética universal.

Los estereotipos son una abstracción de la estupidez humana,<sup>11</sup> que funcionan con eficacia desde los primeros años de nuestra vida. Este hecho se puede

7 La «antropología del género» ha sido uno de los pocos saberes que se han preocupado por cuestiones relacionadas con la identidad masculina y su interpretación cultural.

8 «Admito que durante mucho tiempo el hombre ha asumido un papel que no estaba justificado ni por su inteligencia ni por su carácter, y desde luego, no por sus logros, y que todos nosotros, con muy contadas excepciones, hemos participado y seguimos siendo partícipes de ese orden de cosas». P. Feyerabend: *Matando el tiempo*. Madrid, Debate, 1995, p. 143.

9 Simone de Beauvoir: *El segundo sexo*. Vol II. Madrid, Aguilar, 1981, p. 551.

10 «Prohibir es definir y definir es desnaturalizar». C. Amorós: *Hacia una crítica de la razón patriarcal*. Barcelona, Anthropos, 1985, p. 171.

11 Sólo hace falta recordar la confusión de los primeros antropólogos, que «dividieron a los seres vivos en cristianos, herejes, animales y monstruos, y las pasaron canutas para clasificar a los indios americanos». Feyerabend, P. K: *Diálogos sobre el conocimiento*. Madrid, Cátedra, Teorema, 1991, p. 95.

comprobar, y así lo hizo Bronwyn Davies, contando a niños de preescolar cuentos no sexistas y esperando su reacción. En el caso del cuento *Oliver Button is a sissy*<sup>12</sup> estamos ante un niño al que le encanta practicar actividades consideradas femeninas al tiempo que no le gustan en absoluto los juegos «de niños». Un buen día Oliver se apunta a clases de danza y sus compañeros empiezan a llamarle «marica», hasta que en un concurso disfrutan con la actuación de su compañero y cambian de idea. Cuando se lee este cuento a niños de unos cinco años se produce una lectura polar, es decir, el lector empatiza con el personaje durante la narración y después utiliza la experiencia para refugiarse más tenazmente en los valores convencionales asignados a su género. En definitiva, esta historia pone de manifiesto los problemas de quien no desea adoptar el estilo de la masculinidad hegemónica.<sup>13</sup>

Los varones deben reflexionar sobre el patriarcado si no quieren ser traicionados por él. Esta ecuación de géneros se disuelve finalmente de un modo que ambos términos se reducen recíprocamente. Lo que parece un triunfo no hace sino simplificar drásticamente las posibilidades de vida y todo sujeto generizado se convierte en un conjunto de reacciones y comportamientos convencionales que le son dados. Algunas filósofas feministas quizá deforman un poco la realidad al decir que la mujer carece totalmente de individualidad mientras que el hombre la conserva en todo momento. Esto es cierto en la medida en que a él nunca se le juzga como miembro de un género sino como individuo, pero oculta el hecho de que existe algo llamado género masculino que recorta las posibilidades vitales del varón, debido a que al definir «lo Otro» excluye de sí todo lo que asigna como características de la «otredad». Podríamos sostener que si a la mujer se le aplica el realismo de los universales, el hombre se otorga una individuación limitada.

La servidumbre degrada al que somete y atrofia la fantasía del que oprime porque cuanto más intensa y ancestral es la opresión, más pobres son las experiencias de las que el opresor es capaz. Quien contribuye al mantenimiento de las categorías de género roba a más de la mitad de la especie, pero también se roba a sí mismo por excluir de su horizonte experiencias individualizadoras. El «selfcleptómano» anula los caracteres que lo diferencian de la comunidad eligiendo así, como recuerda Tristan Tzara, el camino más fácil y menos peligroso.

El hombre y la mujer, o viceversa,<sup>14</sup> sucumben con demasiada frecuencia ante la trampa de la comodidad. Esto que Adorno llama lógica de la identidad ha facilitado en filosofía una extensa y ocurrente historia de construcciones formales más o menos bienintencionadas. Una muestra clara de la existencia de

12 T. De Paola, Londres, Methuen, 1981.

13 B. Davies: *Sapos y culebras y cuentos feministas*. Madrid, Cátedra, Feminismos, 1994, p. 98.

14 Aunque resulte incómodo deberíamos dejar de utilizar el género masculino para referirnos a toda la especie. En la actualidad es suficientemente conocido que tras los pequeños detalles del lenguaje se esconden grandes prejuicios.

este principio y de su inutilidad la encontramos en el tópico acerca de la veleidat y el comportamiento incomprensible de la mujer. El varón que así se expresa, al igual que la mayor parte de los filósofos, construye un modelo simple e interesado de lo que la mujer o la realidad deben ser, y sorprendentemente esperan que el objeto de su reflexión se ajuste sin tensiones al modelo.

La idea de los géneros expresa una visión demasiado simple de una realidad increíblemente compleja, y está viciada porque limita nuestras posibilidades de autocreación. Si imaginamos por un momento la cantidad de alternativas que ofrece la vida, percibiremos que no tiene sentido renunciar a ellas por un deseo de seguridad, en el mejor de los casos, o en el peor de los mismos, para satisfacer nuestros más bajos instintos.

El mundo que deseamos explorar es una entidad en gran medida desconocida. Debemos por tanto mantener abiertas nuestras opciones y no restringirlas de antemano.

Paul K. Feyerabend

Las tradiciones por sí mismas no son susceptibles de ser juzgadas desde una perspectiva ética, por eso sólo de la comparación surge la posibilidad del cuestionamiento. Los prejuicios se descubren por contraste, abordando una forma de ver las cosas totalmente distinta que nos permita apreciar que nuestras prácticas sobreviven por inercia una vez olvidada la razón inicial. Todo principio establecido es sospechoso por su edad, su oscuro origen y por su propia naturaleza que lo protege de un examen crítico. Se trata de ser razonable para aceptar el pluralismo y civilizado para no establecer sistemas jerárquicos, dado que las tradiciones no se modifican según criterios; éstos aparecen después, fruto de una racionalización. Si el cambio es abierto, si los conceptos van surgiendo sobre la marcha, no podremos saber de antemano qué sucederá cuando el cambio deseado se lleve a término.

Esta forma de anarquismo no comparte las tesis del relativismo cultural sino que se apoya en la observación del cambio y la mutua influencia de las culturas. Las peculiaridades culturales no son sacrosantas, no se pueden justificar el asesinato y la mutilación apelando a una peculiaridad cultural que no puede ser criticada mas que desde dentro de la propia cultura. De este modo no es necesario acudir a ningún tipo de universalidad, para poder criticar prácticas como la mutilación de órganos sexuales en algunas culturas. Es suficiente poner de manifiesto que esos criterios nunca son «objetivos», sólo lo parece porque se omite toda referencia al grupo que se beneficia de su uso. Esto se percibe claramente cuando se logra la aproximación a tradiciones distintas con prácticas diferentes y formas de justificar sus prácticas que nada tienen que ver con las propias.

Todo lo anterior ofrece una re-interpretación de la idea socrática según la cual actuamos mal por desconocimiento. Pero de ignorancia sería ahora respecto a otras formas de vida que permitan poner en su lugar nuestras propias

creencias. El conocimiento se plantea aquí no como zambullirse en el interior de uno/a mismo/a para hallar lo que ya existía, sino como medicina contra el dogmatismo.<sup>15</sup>

Stuart Mill denunció la deficiencia de impulsos y preferencias personales de la sociedad de su tiempo. La mayor dificultad para lograr una pluralidad no simulada es la necesidad de conseguir que todos los interlocutores posean fluidez en todas las formas de ver el asunto, porque lo común es atrincherarse apelando a la familiaridad.

La gramática de los lenguajes encierra toda una cosmología, por eso todo lenguaje crea resistencias a puntos de vista ampliamente divergentes. Para traspasar un sistema conceptual tendremos que crear y dar sentido a nuevas formas de percibir y conceptualizar, porque frente a las clasificaciones ocultas que encierran los lenguajes de nada sirve discutir crítica y prolongadamente como proponen algunas reliquias de la ilustración. Como no existe ningún modo de vida incapaz de absorber de forma radical nuevas situaciones, aunque el lenguaje se halle inmerso en la cárcel del patriarcado, siempre se podrá estirar en direcciones que lo lleven hacia una mayor libertad. Podríamos empezar buscando respuestas que no consten en nuestro registro habitual, una buena forma de empezar a cambiar nuestra experiencia radica en ampliar las posibilidades de nuestros lenguajes.

Este modo de pensar no se identifica ni con el escepticismo ni con el anarquismo político –léase religioso–, y no ofrece ninguna lealtad eterna ni ninguna aversión insuperable. Está, como el dadaísmo, en contra de todo programa, sólo se opone a los criterios universales.

Rorty piensa que quienes discuten demasiado sobre la verdad y demasiado poco sobre la libertad no son dignos de pertenecer a la vanguardia de los movimientos políticos. Contra esta inmovilidad del pensamiento<sup>16</sup> se alzó también el movimiento dadá, que pone la libertad ante todo. Las teorías y la lógica son falsas porque manipulando conceptos vacíos nos empujan hacia objetivos quiméricos. Mientras el pensamiento conceptual cae casi siempre en los mayores sinsentidos imaginables, el absurdo se nos muestra colmado de sentido. Stuart Mill, aunque no utilice estos términos, comparte esta opinión cuando dice que la cantidad de excentricidad de una sociedad es proporcional a la cantidad de vigor mental que ésta posee.<sup>17</sup> Si la contradicción es posible e incluso deseable, entonces la razón debe rebelarse contra el sentido común.

Dadá no pretende ser destructivo, sólo atenta contra la «consciencia profesional» de los defensores del orden establecido. El dadaísta utiliza un estilo sencillo, luminoso y claro para expresar de qué manera el orden degenera en

15 Este es uno de los dos usos que permite el anarquismo cognoscitivo, el otro es el de arma polémica.

16 La mentira se convierte en verdad cuando se estanca.

17 J. S. Mill: *Sobre la libertad*. Madrid, Espasa-Calpe, 1991, p. 160.

rutina, y, en el caso del ser humano, que este intento de poner orden donde no lo hay constituye el engaño más burdo y cruel que se puede imaginar.

Dadá es anti-axiomaníaco. Una relativa libertad permite abordar el mundo de formas distintas, está contra los sistemas que comprimen la realidad y acaban por no significar nada, y resalta la importancia del azar en la configuración de nuestra experiencia, nuestras creencias, nuestras teorías y nuestra vida.

Tristan Tzara defiende una postura semejante al relativismo político cuando habla de respetar toda tradición o punto de vista, llegando a decir que no tiene ningún derecho a arrastrar a nadie en su corriente, que no pretende convencer a nadie a través de sus escritos.

Llamo «mimportacarajismo» al estado de una vida en que cada uno conserva sus propias condiciones, sabiendo sin embargo respetar las otras individualidades, o si no defenderse, el paso doble volviéndose himno nacional, tienda de baratillo, T.S.H. teléfono sin hilo transmitiendo fugas de Bach, anuncios luminosos y afiches de burdeles, el órgano difundiendo claveles para Dios, todo eso junto, y realmente, reemplazando a la fotografía y al catecismo unilateral.<sup>18</sup>

En definitiva, se podría caracterizar al anarco-dadaísta de la siguiente manera:

– Es alguien que no se compromete con ninguna tradición. Acepta un relativismo político que otorga a todas las tradiciones los mismos derechos, pero no el filosófico porque éste pretende, desde la posición del observador objetivo, distribuir el valor de verdad por igual entre las distintas tradiciones.

– No se compromete excesivamente con ninguna doctrina, razón por la cual puede defender cualquier punto de vista por muy estúpido o desafortunado que parezca, utilizando los mejores medios a su disposición. Y lo que es más importante, puede pasar a defender otras ideas si lo desea o le parece conveniente.<sup>19</sup>

– Toma en consideración cualquier idea sin importarle su procedencia valiéndose de la distinción entre erudición y capacidad creativa.

– Cree que cualquier tesis tiene derecho a ser defendida. Que en un momento dado no logre triunfar no significa que sea falsa sino que quizá deba ser redescubierta en un momento histórico más propicio.

– Se basa en la experiencia para mostrar que no es tanto el valor intrínseco de las ideas sino cómo se venden. El caso de Galileo nos enseña el poder de la propaganda y la persuasión para defender unas ideas.

– Destaca la importancia de utilizar los recursos adecuados cuando se trata de comunicar experiencias que pretenden escapar al convencionalismo. El movimiento dadá logró transmitir su concepción del arte por medio de la sorpresa, el contraste, el absurdo, el escándalo y el mal gusto.

18 Tristan Tzara: *Siete manifiestos dadá*. Barcelona, Tusquets, 1987, pp. 20-21.

19 «Dadá es el camaleón del cambio rápido e interesado». Tzara: *Ibidem*, p. 56.

– Piensa que la única forma de exorcizar el totalitarismo consiste en practicar una incesante actividad desacralizadora. Esto fue lo que hizo Marcel Duchamp al escoger como obras artísticas portabotellas, percheros, urinarios... La reacción que produjo esta desmitificación del arte y de la figura del artista fue bastante negativa, originó un rechazo absoluto porque se entendió que se pretendía destruir el arte cuando sólo se buscaba ampliar la experiencia artística.

– Siempre está a la caza de procedimientos que permitan enriquecer la experiencia. Una manera es re-describir dentro del mundo de la posibilidad (cine, novelas...). También podemos recurrir a la descontextualización de objetos o a la re-significación de palabras, es decir, situar un objeto fuera de contexto para provocar perplejidad o, en segundo caso, utilizar un concepto conocido con otro significado. Otra forma de ampliar la experiencia es la contrainducción, procedimiento por el cual se crean formas de ver alternativas frente a hechos bien establecidos.

En un mundo realmente plural el único vestigio de la lógica de la identidad sería el «selfcleptómano». El riesgo del «todo vale» desaparecería en la medida en que esta forma de ver las cosas basada en el respeto de todo punto de vista no compartido –si todo vale lo mío es mejor sólo para mí– no permite la aparición de imposiciones de ninguna clase. Y anticipándonos a la pregunta sobre la función que le sería encomendada a la filósofa o al filósofo en una sociedad semejante, podría ser, entre otras cosas, quien avisara de las recaídas en la trampa de la comodidad. El único antídoto contra el totalitarismo y contra la derivación negativa del nihilismo consiste en practicar el «mimportacarajismo» que sugiere Tristan Tzara.